

Después del Brexit

Xavier Vives



El Brexit es ya una realidad desde el 31 de enero. Se va el 16% del PIB y el 13% de la población de la Unión Europea. Esto es menos que lo que representa Catalunya en España, pero política y cualitativamente es muy importante. El Reino Unido ha aportado a Europa un empuje decisivo para el mercado único, la liberalización de mercados y la ampliación al Este, aparte de pragmatismo y seriedad en el cumplimiento de sus compromisos. Y el legado del inglés como la lengua de trabajo junto con el francés. La UE pierde una potencia militar nuclear, así como una silla en el Consejo de Seguridad de la ONU. Tanto uno como otro saldrán debilitados en el contexto geopolítico mundial. ¿Será a partir de ahora la UE más acomodaticia con Rusia?

El Brexit se inscribe en la ola de populismo nacionalista que recorre el mundo (Trump en Estados Unidos, Bolsonaro en Brasil, Salvini en Italia...), que refleja tanto el legado de la crisis del 2007-2008 como factores como la división entre campo y ciudad, entre grupos con niveles de educación distintos y entre beneficiarios y víctimas de la globalización. El Brexit representa una victoria del más rancio nacionalismo inglés en contra de Escocia e Irlanda del Norte. El sueño imperial puede quedar en la *pequeña Inglaterra* con una Escocia independiente y una Irlanda unificada. El Brexit ha tenido en contra también a las grandes ciudades, Londres en particular, y a los jóvenes.

¿Será el Brexit duro o blando? Johnson no ha querido saber nada del mercado único o de la unión aduanera, apuntando a un tratado comercial y a una política de

inmigración a la australiana (con sistemas de cuotas y puntos por profesiones). Un año para negociar un tratado comercial no será suficiente e inclina la balanza del lado del Brexit duro. La UE ofrece libre comercio sin aranceles ni cuotas si se cumplen las regulaciones sociales, laborales, de medio ambiente y de competencia europeas. Johnson dice que quiere libre comercio pero que ni hablar de regulaciones y de sujeción a los tribunales europeos. El resultado será que cuanto más diverjan las normas inglesas de la UE, más trabas comerciales habrá. Puntos cruciales de la negociación serán la pesca, los servicios financieros y los residentes en cada área. El Reino Unido puede tener la tentación de ser Singapur en el Támesis para atraer inversiones y competir sin ninguna res-



El euro necesita más integración y no hay otra alternativa que ir hacia una UE de dos velocidades

tricción. Johnson ha prometido favorecer a sus votantes de las zonas deprimidas con grandes inversiones en infraestructuras y mucho gasto social. También ha prometido que el Reino Unido será un paraíso para la sanidad, la educación y la ciencia. La idea de que el Reino Unido ha estado reprimido por la UE y que ahora se liberará su enorme creatividad y competitividad parece un tanto peregrina. Como con Trump en Estados Unidos, el resultado probablemente favorecerá más a las élites y estará acompañado de gestos populistas.

Según Merkel y Macron, el Brexit es una alerta (*wake-up call*) para Europa. No

podría estar más de acuerdo. De entrada, el Reino Unido será un competidor de peso mediano, pero más ágil que la UE. Pensemos en el siguiente ejercicio contrafactual: ¿qué cambios en el proyecto europeo podrían haber mantenido al Reino Unido en el seno comunitario? La UE se lanzó a un proyecto de unión política con el euro y la libre circulación de personas del acuerdo de Schengen. Sin embargo, se hizo sin el suficiente consenso. Las dos propuestas tenían pies de barro: el euro por la falta de las instituciones necesarias para garantizar su estabilidad y Schengen por intentar la libre circulación sin una política clara e implementable de inmigración a escala europea. El Reino Unido no quiso participar en ninguno de ellos. Quizás las cosas hubieran ido de otro modo si se hubiesen

planteado dos círculos de integración de países: el primero, tendiente a la unión política con moneda, políticas fiscales, de defensa, inmigración y energía únicas; el segundo, con un mercado único de bienes y servicios, y un área de libertades democráticas, pero con política de inmigración bajo control nacional. Inglaterra, probablemente, se hubiera sentido cómoda en el segundo círculo. Esto representa aceptar lo que ya debería ser obvio a estas alturas: el euro necesita una mayor integración política, así como políticas comunes, y no hay otra alternativa que ir hacia una UE de dos velocidades. Actualmente, de los 27 países de la UE, ocho están fuera de la eurozona. Una mayor integración

en el círculo central permitiría tener una política de compartición de riesgos y de estabilización macroeconómica acorde con la eurozona, y tener una voz relevante en el contexto mundial. Asimismo, permitiría acometer grandes proyectos tecnológicos en la era digital, por ejemplo, en el campo de la inteligencia artificial y el 5G.

La gran pregunta es si el Brexit servirá de acicate para que la UE ponga la casa en orden. Sería irónico que dentro de diez años el Brexit sea considerado un éxito solamente porque la eurozona y la UE se hayan descompuesto y el Reino Unido supiera abandonar el barco a tiempo.●